

*La metodología del saber humano: reflexiones sobre un libro**

PEDRO F. HERNÁNDEZ ORNELAS**

Lo expuesto aquí, a la consideración de aquellos que se interesen por los problemas de la certeza del conocimiento, es un grupo de reflexiones que surgieron al releer una obra, hoy ya casi secular, la *Metodología* de Antonio Alonso: un referente bien conocido y estimado entre los textos aceptados en el ámbito de estudios superiores, en México. Más que una introducción protocolaria a su contenido, merece reflexionar sobre su alcance. Esto haré aquí, con formal agradecimiento al autor y a los editores por su deferencia al invitarme a hablar sobre ella.

Toda reflexión objetiva acerca de nuestros conocimientos debe tener en cuenta, hoy más que antes, que el término “metodología” se usa ante todo en el contexto de la búsqueda de lo que deseamos saber con certeza. Metodología, como un camino para llegar a un conocimiento válido, se origina en dos voces griegas que le confieren rigor singular: òdos (“atajo”, gr.) por una parte, y *meta* (“junto a...” gr.).

En la jerga académica de la actualidad, sobre todo a partir del siglo XVIII, la conjunción de ambas voces significa de ordinario el buen camino de alguna investigación. Si olvidamos el vigor original de la palabra, nos exponemos a un peligro doble: primero, al error de creer que la metodología de cualquier estudio es el camino seguro que garantiza el buen término del viaje; es decir, la seguridad de las conclusiones de la investigación. Ese es error de ingenuidad, en el mejor de los supuestos. Un “atajo” solamente alerta siempre a mirar la realidad profunda; al hecho de que posiblemente no vamos lejos del buen camino, del camino correcto, sin tener aún la certeza de andarlo ya. De ahí la necesidad de poner atención a esa alerta que nos revela la voz *meta* (cerca, junto): en nuestro caso, “al lado, cerca” del camino.

* Alonso Herrero, José Antonio, *Metodología*, México, Limusa, 2016, (vigésima reimpresión)

** Profesor investigador en el Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (pfernand@prodigy.net.mx)

El segundo error, que nace del olvido del rigor de las voces griegas (que componen la palabra “metodología”), es más sutil y quizás algo más difícil de percibir: pensar que, una vez encontrada la ruta, no haya que volver a mirar la posibilidad de cambios inesperados en el camino. Esto encarna posibilidad de un segundo error: suponer que una sola metodología nos lleva a la plena comprensión del objeto. Eso es un evento de consecuencias graves cuando las políticas públicas se apoyan en aquel supuesto. Por ahora, recordemos el primer axioma de todos: los objetos de conocimiento, todos ellos y todo ser en el Universo, puede relacionarse con el ser humano de muchas maneras y observarse desde muchos ángulos; por lo tanto, también desde muchos puntos de vista. Su examen será siempre parcial; y eso, en la vida real, quiere decir que todo lo que conocemos se relaciona con muchas áreas del saber. Eso se olvida, y más frecuentemente de lo esperado.

Por esa razón, cada día más, la ciencia actual va comprometiéndose con la opción interdisciplinaria (o de vías semejantes en muchas ramas del saber) unida a la visión multidisciplinaria de varios enfoques metodológicos sobre un tema; todo ello en vista de la complejidad de sistemas de conocimientos en el saber humano. Para muestra, un botón. Las hoy viejas intuiciones geniales de Bergson, Blondel, y la pléyade de pensadores y científicos, como Plank, entre otros, desterraron del campo de la cultura la pedante exclusividad de validez del saber positivista.

En nuestro México, y sobre la derrota del positivismo, valga mencionar a Antonio Caso y a José Vasconcelos, con Manuel Sandoval Vallarta y otros brillantes intelectuales. En su búsqueda de múltiples caminos, todos ellos han abierto el paso a lo que antes despreció la Ilustración. Hoy encuentran su carta de plena ciudadanía ideas nuevas y abiertas en el ámbito científico y filosófico. Teilhard de Chardin, Hawkins y muchos otros respetados pensadores marcan nuestra cultura; notablemente, las ideas de Einstein y Borg, con Heisemberg, Penrose y otros en física; Gould, Margulis y Roberto Varela en biología; Edgar Morin y James Hansen, (responsable ante las Naciones Unidas por el diagnóstico del cambio climático planetario), sin olvidar a Heidegger, Gilson, Karl Rahner y H. Küng en filosofía y teología, ni tampoco la enciclopédica literatura sobre la arqueología bíblica, hoy día una ciencia de vanguardia.

Viniendo al punto central de la búsqueda de la certeza del conocimiento, pensemos ante todo sobre *método* y *sistema*. A juicio de todos los pensadores

respetables, ambos son los pilares y la esencia de esa tarea.¹ El *método* se refiere a la parte formal del conocimiento, es decir, al modo en que llega a nosotros lo que conocemos; *sistema*, por su parte, es el conjunto de datos que componen la descripción y explicación del ser o del evento dicho: la teoría. En todo caso, para la ciencia dura actual, se trata de saber de algo cuya existencia es objetivamente demostrable (como objeto de percepción o medida sensible), objeto de expresión o de formulación matemática; pero sin pretender la exclusividad de la certeza. El sistema o visión teórica es la explicación cabal de un objeto rigurosamente alcanzado por la mente. Su construcción, empero, puede o no ser traducible al terreno científico. Hay verdades filosóficas y emocionales también. La lógica formal debe convivir con la lógica del corazón.

La física cuántica y la de la relatividad, apoyadas en la formulación de la llamada “Relación de Indeterminación”, finalmente impusieron en la ciencia lo que por mucho tiempo supo la filosofía: la subjetividad o sello particular de los sujetos personales del conocimiento (los actores humanos) deja huella inocultable en todo camino, hasta el de la investigación científica, pretendidamente neutral (aséptica, incontaminable). Porque si se trata de un saber específicamente humano, es un encuentro objeto-persona, y, siguiendo a Aristóteles, “lo que se recibe, llega a modo del que recibe”. Con ello, el reduccionismo científico tiene ya por fin un certificado de defunción. Sin embargo, parece no haber llegado pronto al derecho y a la jurisprudencia leguleya y literalista de muchos países. Así lo delata, por lo menos, el diario trajín de manipulaciones de la justicia por muchas autoridades y en muchos sitios el planeta.

El hecho es que hoy en día me parece que es normal, en muchos terrenos de la filosofía y de la ciencia, encontrar más y más la convivencia y mutua comprensión. Teniendo en cuenta lo anterior, conviene reflexionar un poco sobre el proceso histórico que trajo a Occidente el interés renovado por el método de los sistemas del conocimiento humano, al venir abajo la preocupación apologética y el recurso al autoritarismo dogmático de la escolástica. Volvamos la vista a las raíces de la inquietud por conocer la verdad.

Es difícilmente imaginable hoy a nuestra mentalidad el estado de inquietud emocional y espiritual que se despertó en el Occidente a fines del Renacimiento. En un lapso menor al cuarto de siglo (1492-1517), la mentalidad de

¹ Bruggner, Walter, Diccionario de Filosofía, Barcelona, Herder, 1986.

Occidente y su imaginario colectivo fueron víctimas de golpes tan grandes que no es exagerado considerar cada uno de ellos como un cataclismo; tres de ellos devastadores. Pensemos en ese mundo mediterráneo de una tierra firme que, a pesar de lo que Copérnico ya decía poco tiempo antes, se trataba como “una tierra plana”. Es cierto que se conocían los viajes de Marco Polo a China; sin embargo, en la práctica el hombre de Occidente vivía en algo que los mapas pintaban desde las fronteras de India hasta las islas al norte de Escocia. Ahí se encerraba su vida entera. El centro lo designaba todo: el Mediterráneo. A su alrededor estaba toda la Tierra en el tiempo de su *renascimento*.

Aquí empezó la tragedia. Primer acto: la visión del mundo se viene abajo desde 1492 con el primer viaje de Colón, y muy poco después con los viajes portugueses de circunnavegación: el *mundo*, la tierra, es una esfera celeste. De golpe, deja de ser ya una superficie plana en el imaginario de todos.

Añádase a esto (segundo acto), la gradual y mayor difusión de las ideas de Nicolás Copérnico sobre el giro de la Tierra alrededor del Sol (publicadas hasta 1543). Entonces, contrariamente a lo que la doctrina cristiana sostenía —anclada en la imaginación popular con la firmeza de un dogma—, no era el sol el que se movía, sino la Tierra la que giraba a su alrededor. Esta visión se confirmaría muy pronto plenamente con los trabajos de Galileo Galilei en su observación de las lunas de Júpiter (1610). El hecho es que el *cielo* de aquella humanidad occidental no era el que antes se suponía ser.

Tercer acto: en 1517 Martín Lutero propone al mundo cristiano las tesis de reforma de la Iglesia, que terminan en su climática división (catolicismo-protestantismo). Dos años después, Carlos V la confirma al aprobar la separación de naciones según la fe de sus gobernantes. Un nuevo principio político determina la independencia y soberanía de los pueblos: *Cujus regio, ejus et religio* (la religión del monarca será necesariamente la religión de su pueblo). He aquí (una secuela de la tragedia) la religión como primera fuerza mayor para sostén del absolutismo del poder en muchas naciones, a partir de la modernidad: comenzando por las monarquías absolutas de Europa. Pero no ya la autoridad religiosa como autoridad única.

Pensemos por un momento en los tres cataclismos y la tragedia emocional e intelectual que representan al Occidente, y muy pronto también para el mundo. En 25 años cristaliza algo no esperado por el mismo hombre del Renacimiento: el hombre (occidental), otro hombre, nace a la modernidad. Su realidad es que vive en la Tierra nueva, bajo un cielo nuevo, y en una Iglesia nueva, doctrinalmente dividida. Tras ello, el punto más alto de la tragedia: no

existe ya, para Occidente, un recurso supremo en lo moral. Algo que parece proyectar su sombra hasta hoy (a pesar de los caminos de pluralismo y convivencia respetuosa) en la desorientación de la posmodernidad. Ligada o no a la religión, la humanidad parece caminar sin la certeza de qué rumbo seguir. Sin duda, este es el mayor reto para la cultura de la globalización.

Termino mi reflexión sobre la búsqueda de la certeza con algo que sigue siendo un sueño para los esfuerzos de toda metodología, algo que ella sabe prevenir pero no llega a evitar. Me refiero a la tragedia del planeta Tierra, destrozado en muchas de sus riquezas y en muchos procesos de sus ecosistemas por nuestra voracidad e irreflexión. Parece simple y trivial; pero es quizá más ominoso para nosotros que los golpes del saber a las culturas de la antigüedad. Se relaciona con el segundo olvido de lo que entraña toda metodología: la debilidad humana de nuestra certeza, la necesidad perenne de buscar, buscar y buscar más, para llegar a mayor certeza.

Desde la adopción del método científico, algo rigurosamente elaborado por el positivismo, desde el siglo XIX y vigente hasta hoy, todo investigador se han venido enfrentando con dos tipos de error. El primero, aceptar como verdadero o bueno (para cierto fin) algo que no se ha llegado demostrar que lo sea. El segundo error es aceptar como verdadero o bueno algo que ha demostrado serlo, pero no plenamente o bien, perjudicial en cierto grado, (difícil de precisar).

Es hoy un hecho que todos los investigadores que merezcan respeto han tratado y tratan de evitar siempre el primer error. Pero la tragedia, que empieza ya desde la época de la Modernidad, es que una inmensa cantidad de científicos, y de pensadores de prestigio han descuidado u olvidado el error de segundo tipo. Es decir, han aprobado o recomendado cosas o modos de actuar sabiendo bien que la calidad (el grado de certeza) del conocimiento era deficiente (aunque no se conozca en qué grado). Sobran los ejemplos que ilustren el argumento. ¿Por qué ha entrado la industria más respetable en la producción comercial de la energía atómica si sabemos que los residuos del producto son mortalmente tóxicos (a toda vida) y no sabemos en el mundo cómo deshacernos eficazmente de ellos? ¿Por qué prospera en algunos países la cultura de alimentos transgénicos, si su producción obliga al usuario a venir a manos del riquísimo y abusivo productor de la semilla modificada, que habrá que comprar para cada siembra? Y más cuando ignoramos los efectos de tales alimentos a largo plazo.

Tengo la impresión de que, frente a la moral humana, la metodología del saber sólo suspende la mirada. Estamos finalmente ante la praxis de políticas

públicas y nebulosidad en información confiable. La metodología eficaz de esos terrenos es sólo una, muy difícil de aplicar siempre: se llama honestidad cívica, autenticidad humana. Quizá la mayor lección que estas reflexiones podrían sugerir es que, en definitiva, los retos del saber del futuro, comenzando por la salvación del planeta Tierra, en una vida de justicia social, no se encuentran en la tecnología y el saber científico tanto como en la voluntad política de una cruzada de ética mundial, de la adopción de un genuino humanismo.

Esa convivencia armónica entre la ciencia y la filosofía es más que nunca relevante hoy en día, frente a la dictadura ideológica del neoliberalismo. Un capitalismo que no ha tenido hasta hoy ningún escrúpulo para arrasar con muchas tradiciones y culturas autóctonas enteras. Eso significa una lucha silenciosa, quizá nunca oficialmente declarada, pero eficaz, sorda y violenta bajo muchas formas de atractivas tecnologías y promesas de bienestar. ¿Una lucha contra qué o cuál enemigo?

Se trata de uno sólo y mayor enemigo, cómplice de la amenaza de extinción de la humanidad que han puesto a la puerta de nuestras vidas la violencia del poder del dinero (equipada ya con armas de destrucción masiva) y la ambición de consumo que destruye los recursos del planeta Tierra en grado irreversible.

Ese enemigo y cómplice del capitalismo salvaje es el destierro del humanismo en la educación, que encausa los valores y tradiciones éticas de las culturas de la humanidad. Voy a referirme sólo, por la coyuntura y la gravedad del asunto, al peligro muy real de olvido de nuestra tradición humanística indígena y occidental en la educación del mexicano. Dicho peligro ya pretende obtener carta de ciudadanía entre nosotros, simplemente por venir de las directivas de la UNESCO y del Banco Mundial. Ese peligro es un reto para las metodologías educativas del futuro: ¿cómo conjugar óptimamente el aprendizaje y uso de las tecnologías de producción y productividad incorporando eficazmente en la educación nuestra herencia humanista?

¿Cómo trabajar comunitariamente en esa aventura en terrenos comunes a los de la ciencia y la filosofía? Es allí donde se sitúa el reto de toda metodología educativa contemporánea. ¿Cómo incorporar eficazmente la herencia humanista de la cultura a la educación que pueda responder mejor a las necesidades e inquietudes de recuperación de nuestra civilización? ¿Y cómo en México?

Examinemos en breve el panorama del humanismo occidental en los tiempos en que nace la cultura mestiza o el nuevo entramado de pensamiento y

valores de mentalidad europeo-renacentista de inquietudes modernas, en contacto con el imaginario de las grandes culturas mesoamericanas. Las fuentes históricas nos revelan con claridad tres personajes, entre los más grandes de aquella época, respetados en toda la Europa de entonces: Erasmo de Rotterdam, Juan Luis Vives y Tomás Moro. Esto por la parte de herencia de Occidente.

Sus “ideas-estandarte” (si se permite llamarlas de ese modo) podrían resumirse en pocas palabras: “Volver al Evangelio del Reino, según Jesús; pero sin atenuantes ni interpretaciones”: Erasmo. “El orden de las letras y las artes, inspirador del orden de toda civilidad”: Juan Luis Vives. “Vivir la utopía de la convivialidad en armonía de trabajo”, Tomás Moro. Es notable, pero casi olvidada entre nosotros, no ya la cercanía, sino la presencia de tales herencias en el amanecer de la cultura de México y de América; su savia en las mismas raíces de la tradición educativa multicultural de los pueblos que forman nuestra nación.

En efecto, los tres geniales humanistas de Occidente ya mencionados parecen haber enviado, cada uno de ellos, un embajador personal a nuestro suelo, para dejar profunda huella en la educación de sus habitantes. Heredero del pensamiento de Erasmo fue el ilustre monje franciscano, primer obispo de México, Fray Juan de Zumárraga, quien, además (valga la metáfora) meció la cuna el guadalupanismo, ese idioma del alma en el que se conjuga la profesión de fe cristiana de México y América. Juan Luis Vives tuvo en México un ilustre discípulo también: el primer virrey de Nueva España, Antonio de Mendoza.

Mención especial merece Vasco de Quiroga, abogado de la Corte y amigo del emperador Carlos V, estudioso diligente de la obra de Tomás Moro, la *Utopía*. A mi juicio, Vasco no sólo implementó sueños del insigne jurista y humanista inglés, sino perfeccionó en la práctica su visión original: la convivialidad y armonía no sólo radicaba en los seres humanos, sino entre ellos y la madre Tierra. La complementación de tareas económicas, esencial para el comercio y prosperidad de las ciudades hospitalarias, se hacía realidad con el trabajo (obligatorio para cada familia) de la tierra. Cada familia de los nuevos pueblos-hospitales debía dedicarse por lo menos dos años consecutivos al campo; aunque no desearan seguirlo después.

Tal vez otro de los más apremiantes retos de tarea metodológica es enfrentar lo que Carlos Fuentes alguna vez señaló como gran responsabilidad de los que formamos las generaciones adultas del planeta: señalar camino seguro para que las nuevas generaciones puedan ir de modo eficaz a las fuentes de información que realmente importan, sin perderse en el pantano inmenso

de basura informática y mercadotecnia sin escrúpulos e inútil al investigador.

Termino con lo que quizá debería haber dicho sobre el libro del doctor Antonio Alonso. Bastará sólo añadir que su alerta a la vigencia del paradigma metodológico positivo en la investigación sigue cobrando vigencia, por la necesidad de conocer siempre a fondo la calidad material del objeto de estudio. Pero esa actualidad tiene a su vez más importancia, sólo cuando se acompaña y se somete al pensamiento y examen crítico del objeto. El libro es claro en eso: deja ver muy bien que la metodología nace del problema u objeto del conocimiento, y no al revés. Ninguna metodología (aunque sea matemáticamente deslumbrante) es camiseta de uniforme informático para pasar revista.

Cada asunto desconocido nos revela, cuando bien mirado, el camino para llegar a conocerlo. Hay que dejar siempre hablar primero a lo que despierta nuestra inquietud y escucharlo, para luego responder críticamente. Esa lección viene desde Sócrates hasta Heidegger; y, no es ocioso recordarlo, pasó también por Jesús de Nazareth. ¿No se retratan hoy paradójicamente en aquella ceguera y en la brevedad de las palabras, la profundidad y tinieblas de la inquietud humana ante el misterio de la verdad de las cosas y del ser humano?